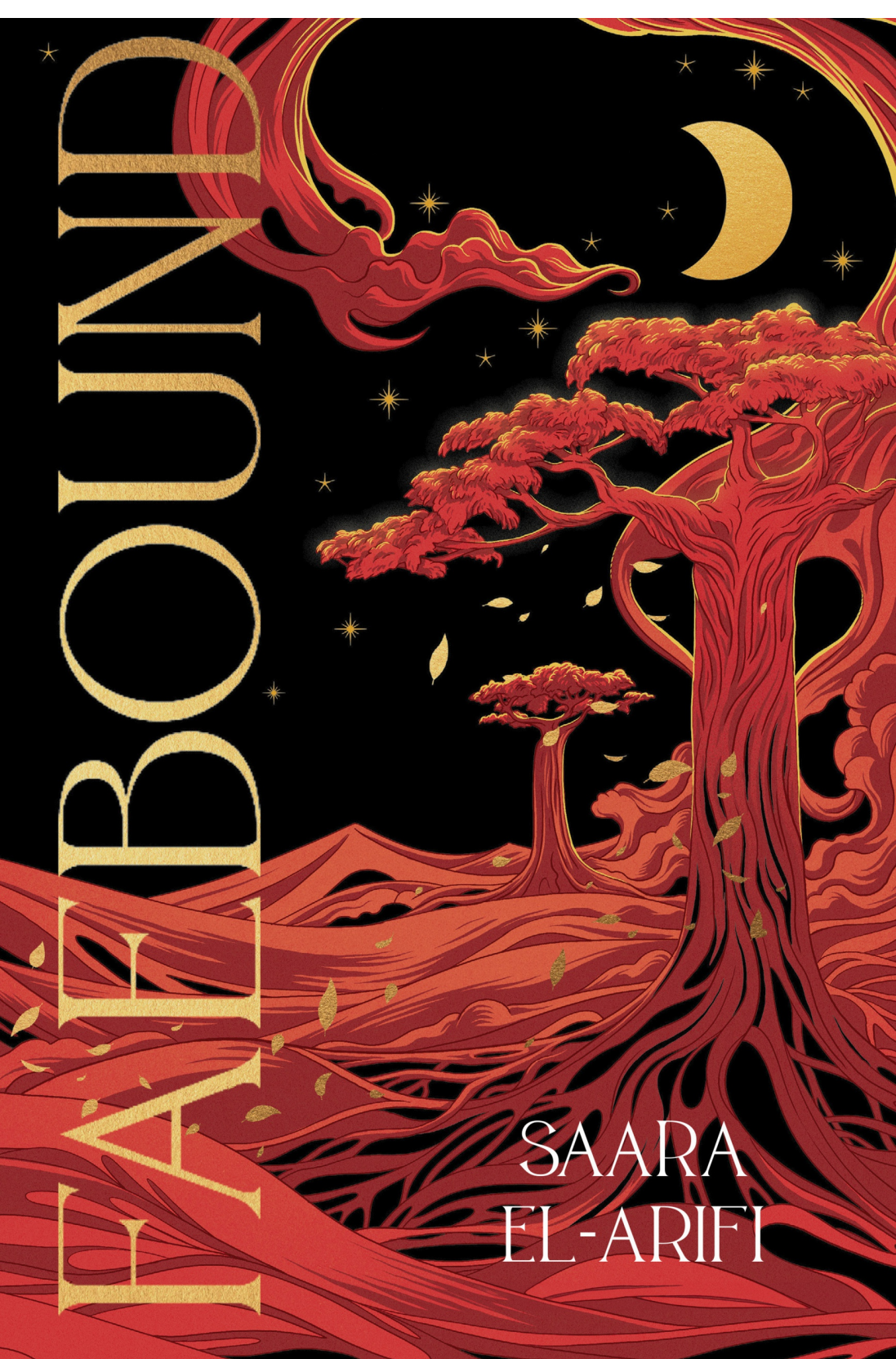


FALLOUN



SAARA
EL-ARIFI

Saara El-Arifi

FAEBOUND

Traducido del inglés por Cristina Zuil González

 **FAERIS**

Título original: *Faebound*

Diseño original de cubierta de Ellie Game/HarperCollinsPublishers Ltd
Ilustración sobrecubierta © Joe Wilson/Début Art
Diseño tipográfico y hojas: Dan Jones

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

FAEBOUND © 2024 by Siddig Ltd
© de la traducción: Cristina Zuil González, 2024
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



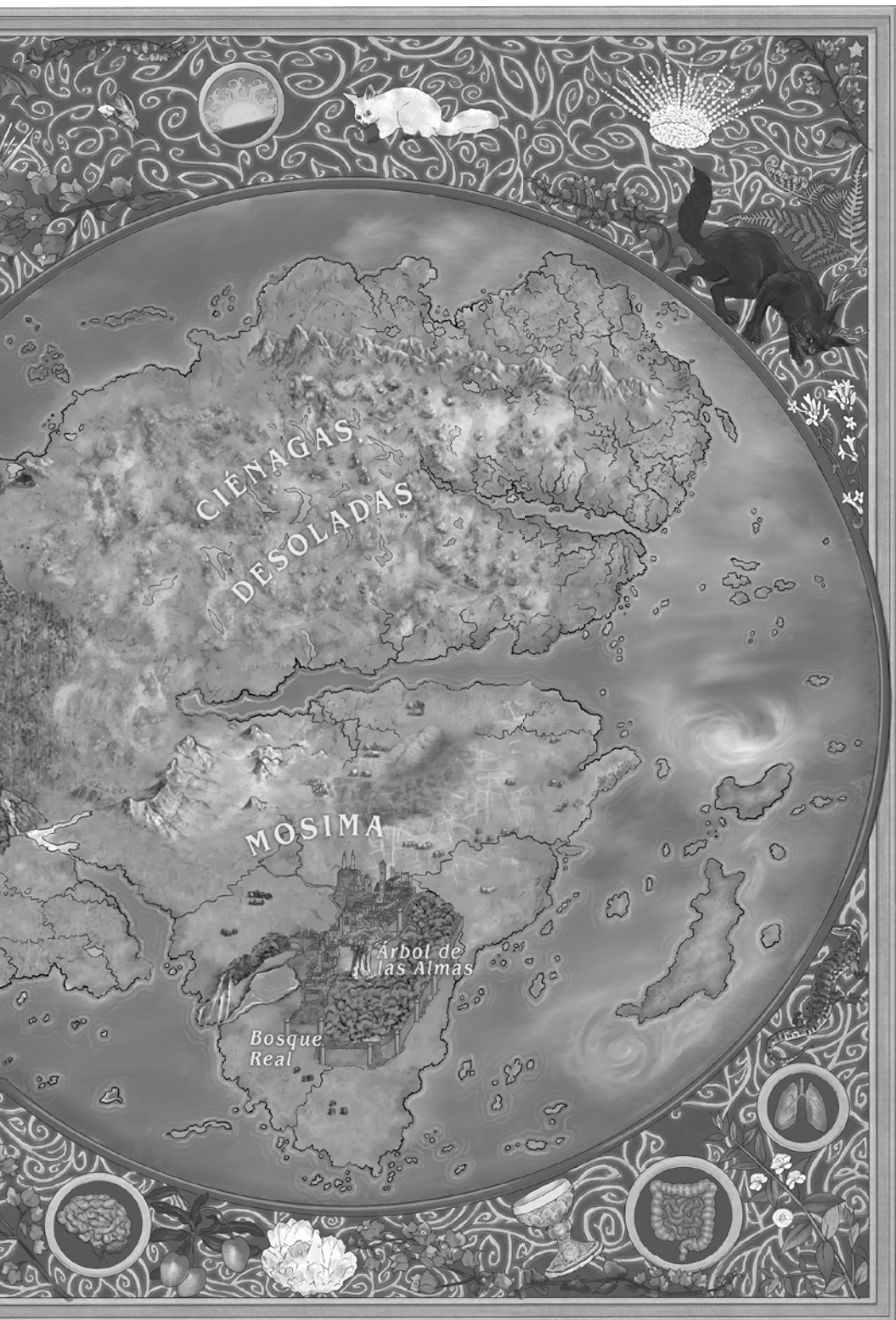
ISBN: 978-84-19988-28-7
Depósito legal: M. 10.736-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para mi hermana, Sally





PARTE I



La historia del trigo, el murciélago y el agua

Al principio, solo había tres divinidades. El germen de la existencia de Asase fue un grano de trigo, una sola partícula que cobró vida. A medida que Asase crecía, sus raíces se convertían en laderas de montañas y sus hojas se multiplicaban hasta formar bosques. Se crearon valles en los huecos de sus ramas y los nudos de su corteza se transformaron en cañones. Así nació la tierra.

La divinidad Ewia agitó sus alas de oscuridad para traer el día y la noche al mundo. Como murciélago con dos cabezas, encontró su lugar en el cielo, sobre Asase. Cuando un rostro miraba hacia la tierra, se hacía la luz y, cuando lo hacía el otro, el mundo caía en penumbras. Así nació el Sol.

La última divinidad que apareció en el universo fue Bosome. Se arrastró entre las raíces de Asase para crear ríos y mares antes de situarse junto a Ewia y convertirse en una perla plateada de agua que crecía o decrecía en el cielo con el ciclo de las mareas. Así nació la Luna.

Las tres divinidades vivieron felices durante muchos años hasta que, cierto día, Asase dijo:

—Deseo tener un hijo. Crearé uno.

De las semillas de la tierra, Asase creó a los humanos. Las ramitas se convirtieron en huesos y las flores germinaron en sonrisas.

Ewia, al ver a Asase tan feliz con sus hijos, dijo:

—Yo también deseo un hijo. Crearé uno.

Así, de la piel de sus alas, Ewia creó a los fae con dientes puntiagudos y orejas de murciélago.

Los siglos pasaron, y Bosome, mientras observaba la felicidad del resto de las divinidades, advirtió los defectos de sus hijos. Los seres humanos eran demasiado frágiles para sobrevivir mucho tiempo, y los feéricos, demasiado arrogantes para preocuparse por sus padres. Por eso Bosome creó a los elfos a partir de las aguas del mundo, con las orejas puntiagudas de los fae y la naturaleza humilde de los humanos.

Durante un tiempo, todo fue bien. Sin embargo, daba igual lo mucho que las divinidades desearan la paz porque les habían otorgado a sus hijos una cualidad que no la aseguraba: el libre albedrío.



CAPÍTULO 1

Yeeran

Yeeran nació y vivió en el campo de batalla y, algún día, moriría en él. De eso, estaba segura.

Su primer aliento se tiñó del humo y las cenizas de los enemigos moribundos de su madre. Su llanto se unió al grito de guerra de su tribu al irrumpir en la batalla. Que las soldados vieran a luz en el frente era bastante común. Si podías sujetar un tambor, podías luchar.

«Y, aun así, no hay suficientes soldados.»

Yeeran soltó un suspiro profundo mientras estudiaba el mapa que tenía frente a ella. Los hábiles cartógrafos habían grabado cada valle y colina en la plancha de roble. Era una obra de artesanía cara, destinada a decorar el dormitorio, pero su amante no solía escatimar en gastos.

La luz de la luna inundó con un rayo de plata el centro de la madera donde los cuatro distritos de las Tierras Élficas convergían en los Campos Sangrientos, el frente de batalla. Paseó la mirada por las cuatro secciones del mapa: Lúnula, Creciente, Eclipse y, por último, la de su propia tribu élfica, Menguante.

Aferró el borde de la tabla con los dedos y, con las uñas, dibujó finas muescas en las vetas de la madera mientras estudiaba las

formaciones militares. Los símbolos blancos mostraban la ubicación de las tropas bajo la dirección de su ejército.

Yeeran posó los ojos sobre un regimiento que permanecía a la espera, junto a la torre oriental de la guarnición. El suyo.

—Yeery. —En el silencio, su apodo se convirtió en un susurro. Los pasos quedos de Salawa la habían conducido hasta ella—. Vuelve a la cama. —Yeeran notó su aliento cálido cuando le rozó con los labios las sienes rasuradas, cerca de los extremos puntiagudos de las orejas.

Deslizó la mano por la espalda de Salawa y se enredó el extremo de las trenzas de la elfina en los dedos. Caían con pesadez sobre su piel desnuda, cargadas de perlas y gemas.

—No puedo dormir.

Salawa no contestó durante unos instantes. A Yeeran le gustaba que su amante fuera así, que tuviera en cuenta cada segundo y tejiera sus pensamientos antes de hablar.

—Llevas veinte años esperando el ascenso a coronel. Pocos pensaron que pudieras conseguirlo antes de cumplir los treinta y cinco, pero aquí estás, la coronel más joven que ha tenido el ejército de Menguante...

—Hasta mañana, nada.

Salawa inhaló con brusquedad. No le gustaba que la interrumpieran. Yeeran le recorrió la clavícula con la mano hasta posarla en su mejilla. Solo entonces su amante se relajó lo suficiente para continuar.

—El sueño no va a arrebatarte este momento. Tu nuevo regimiento seguirá ahí por la mañana.

Salawa miró por la ventana hacia Gural, la ciudad que palpitaba como el corazón del distrito Menguante. Yeeran siguió la dirección de sus ojos.

Las chimeneas surgían de tejados abovedados y expulsaban humo hacia el cielo estrellado. Yeeran sabía que las tabernas estarían a rebosar de soldados que se divertían con ron especiado. Para las pastelerías, no era la última hora de la noche, sino la pri-

mera de la mañana, y el aroma de los hornos impregnaba la ligera brisa.

Observó cómo la ternura del rostro de Salawa se endurecía al desviar la mirada hacia los Campos Sangrientos. El fuego de la batalla iluminó de color avellana el verde de los iris y Yeeran sintió que ardía en la llama que se reflejaba en ellos.

—Te he traído algo para celebrar tu nuevo título —anunció Salawa en voz baja.

Yeeran apartó la mano de su mejilla y la dejó caer. Los regalos de su amante siempre eran ostentosos y vulgares, a pesar de que no llevaba joyas ni le interesaban los vestidos sofisticados. Tampoco la ayudaban en la batalla.

Lo único que siempre llevaba consigo era un pequeño anillo dorado cosido en el forro de su uniforme. No tenía valor sentimental, pero sabía que, si caía en combate, por derecho propio, se lo quedarían los niños que vivían de rebuscar entre los cadáveres del ejército. Con ese anillo, podrían alimentarse durante un año. Yeeran se había pasado gran parte de su infancia deseando encontrar una reliquia como esa.

—Creo que este regalo te gustará mucho —añadió Salawa mientras se alejaba para coger algo bajo la cama con dosel.

Yeeran le dedicó una sonrisa vacilante que hizo que Salawa se echara a reír, comprensiva. Sacó un enorme objeto circular envuelto en una funda de cuero.

En menos de tres zancadas, Yeeran cruzó la habitación. Aceptó el regalo de los brazos extendidos de Salawa y desprendió el cuero granulado para descubrir lo que había en su interior.

El tambor tenía una elaboración exquisita. La caja estaba tallada en caoba, lo que hacía que el cilindro brillara con un intenso color carmesí como el de la sangre fresca. El anillo y las varillas eran doradas y estaban tachonadas con zafiros. Los abalorios se esparcían por el cuerpo del tambor, más a modo de decoración que para embellecer el sonido. Sin embargo, lo más bonito con diferencia era el parche negro.

—¿De un obeah longevo? —murmuró Yeeran, acariciando el cuero tenso con la mano.

Los obeahs eran las únicas criaturas mágicas de ese reino. En el pasado, esos animales habían sido tan comunes como los ciervos y vagaban en manadas por las Tierras Élficas. Yeeran regresó al pasado cuando se imaginó las pezuñas de las criaturas tronando por el bosque, con los cuernos blancos abriéndose paso entre la vegetación y sus formas felinas deslizándose entre los árboles con la facilidad de la tinta sobre el papel. Sin embargo, ahora la tinta se había secado porque, debido a su magia, los habían cazado hasta casi extinguirlos.

«Magia para armas como esta.» A Yeeran se le crisparon los dedos apoyados sobre el parche.

Salawa sonrió y unió las manos bajo la barbilla.

—Sí, se hizo con uno de los obeahs más longevos que han atrapado nuestros cazadores.

A medida que los obeahs envejecían, su color se oscurecía, volviendo más potente la magia de la criatura; entonces su piel se tornaba aún más codiciada para la elaboración de poderosos objetos. Por desgracia, los obeahs más longevos eran también los más inteligentes, por lo que cazarlos resultaba casi imposible. El regalo de Salawa era algo poco común ypreciado.

Yeeran sentía la magia que emanaba de la piel. Tamborileó los dedos sobre ella y dirigió las vibraciones del repiqueteo con un propósito, entretejiéndolas en su mente para formar un pequeño proyectil. Era como convertir un sonido en un arma. La fuerza invisible creó una señal blanca en el centro del mapa a tres metros de distancia.

Siempre se le había dado bien el fuego tambor. Tener una determinación firme era la clave, pero la claridad de la nota y la fuerza de la magia de la piel del viejo obeah volvía sus habilidades inigualables. Si sus enemigos ya pensaban que era peligrosa, pronto verían lo letal que podía ser.

Salawa dio una palmada.

—Ahora, la mejor coronel del ejército de Menguante tiene la mejor arma.

Con cuidado, Yeeran volvió a meter el tambor en su funda y se acercó a Salawa. La abrazó y apoyó la barbilla en su pelo.

—Gracias. Cuidaré de este regalo toda la vida.

—¿Podemos irnos ya a dormir? Está a punto de amanecer —murmuró Salawa.

Yeeran soltó el aire a modo de confirmación y permitió que la guiara hasta la cama. Se coló entre las sábanas de seda y Salawa se acopló a los contornos de su cuerpo. Apoyó la cabeza en la suave piel de su hombro y de su pecho, y dejó escapar un suspiro contenido.

La respiración de Salawa se ralentizó a medida que se sumergía en un sueño profundo. Yeeran observó cómo las perlas de fraedia de su pelo comenzaban a brillar con suavidad debido a la inminente llegada del alba. El cristal compartía las propiedades del sol y se usaba para los cultivos y para calentar el hogar en invierno.

Estiró la mano y retiró una de las perlas de la cara de Salawa para que el brillo no la despertara. Acarició durante un segundo la gema, maravillada por su calidez. Ese pequeño cristal podía hacer crecer a una planta durante todo su ciclo de vida y ayudar a alimentar a una familia.

Dejó caer la perla. «Ojalá tuviéramos más...» La fraedia era la moneda de la guerra.

Bajo el suelo ensangrentado de los Campos Sangrientos había minas sin explotar del valioso cristal. Y donde hay valor hay poder, y donde hay poder siempre habrá violencia. Así empezó la Guerra Eterna.

Yeeran se descubrió preguntándose cuántos soldados habrían muerto por la pequeña cosecha con la que Salawa se decoraba el pelo. Desprendía sobre la piel negra, más oscura que la tez ligeramente apagada de Yeeran, un cálido brillo azafranado.

Aunque todos los elfos tenían aspectos distintos, la única diferencia que importaba era la tribu a la que mostrabas lealtad. Yee-

ran era Menguante, y Menguante era Yeeran. No había forma de separarla de su tribu. Para dirigirla debía convertirse en ella.

Salawa se lo había enseñado. «Por los pecados solares, es preciosa.» Preciosa en sueños y fiera al caminar.

El sueño no acudió a reunirse con Yeeran, pero ella tampoco lo buscó. En lugar de eso, permaneció allí, viendo cómo amanecía contra la piel de su amante, con la mente en llamas por la gloria, el poder y la muerte.

A la mañana siguiente, Yeeran se escabulló del cuarto de Salawa mientras esta seguía durmiendo y cruzó la ciudad. El sonido de la guerra era más estrepitoso a medida que se acercaba a los Campos Sangrientos y el eco del fuego tambor resultaba tan reconfortante como emocionante. Hoy ya era coronel.

Al aproximarse a los terrenos de instrucción, oyó la cadencia familiar de una canción infantil:

*Uno, dos, tres, cuatro: las tribus élficas,
menguante, lúnula, creciente y eclipse.
La Luna las formó y aún resisten.*

Desde la distancia, era fácil confundir las voces juveniles con un grupo de niños en un patio de recreo, pero Yeeran sabía que no se encontraría a colegiales cuando girara la esquina.

*Antes, tres divinidades, tres pueblos había en el cuadro,
ahora, solo elfos: uno, dos, tres y cuatro.*

No, esos soldados hacía tiempo que habían dejado de ser niños. Marchaban sin emoción al ritmo de sus cánticos, con expresión sombría. Yeeran observó al crío que tenía más cerca mientras daba media vuelta sobre los talones y su diminuta cabeza chocaba con el enorme casco como una bellota en un barril.

«No debe tener más de nueve años.»

—Coronel Yeeran Teila. —El teniente que vigilaba los ejercicios la había visto.

Yeeran se estremeció porque había esperado pasar de largo sin que la identificaran.

—Teniente Fadel —le devolvió el saludo.

—¿Está aquí para seleccionar a su próximo tamborilero?

Ese papel lo tenían los reclutas más jóvenes del ejército. Yeeran siempre había pensado que el cargo era extraño, ya que nunca le había encargado a nadie el mantenimiento de su tambor. Todas las noches, se pasaba una hora limpiando la sangre enemiga de la caja y echándole aceite al parche con cuidado.

«Aunque este tambor no necesitará demasiado mantenimiento...»

Ahora lo llevaba colgado al hombro, un recuerdo del amor de Salawa sobre la cadera. Pesado y siempre presente.

—No, no necesito un tamborilero —anunció, negando con brusquedad.

Fadel frunció el ceño, pero, después, su expresión se tornó relajada y franca.

—¿Qué le parece la oficial Hana? Es la mejor. —Hizo un gesto, y una niña, algo más alta que sus compañeros, dio un paso al frente.

El uniforme le colgaba sobre su figura como una bandera sobre su asta. Sin embargo, tenía el estómago hinchado por la malnutrición y Yeeran sintió un cosquilleo en el abdomen ante el recuerdo.

Los dedos sucios de la niña se curvaron hasta formar un tenso puño para golpearse a modo de saludo el pecho frágil. Cuanto mayor era el repiqueteo del tambor, más respetuoso debía ser el saludo; la cría se golpeó tan fuerte el pecho que estuvo a punto de sacarse las costillas.

Yeeran se agachó para ponerse a su altura, olvidando cualquier formalidad. Hana le dedicó una mirada de preocupación al teniente, pero Yeeran atrajo su atención con una sonrisa.

—Muy bien. —La coronel se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de oro—. Asegúrate de comer bien esta noche, no esas gachas que os dan en los barracones. ¿De acuerdo?

La niña se quedó muy quieta, impresionada por la moneda de oro que tenía en la mano. Luego dijo lo que nadie esperaba:

—Me vendieron por menos que esto.

A Yeeran se le escapó un jadeo involuntario. Hacía unos años, la caudilla había introducido un nuevo programa: se podía vender a los niños directamente al ejército de Menguante por media moneda de plata. Así, los niños pasaban a estar custodiados por el distrito, y los otros soldados se transformaban en su única familia. La procreación se había convertido en un negocio rentable.

—En la guerra no hay reglas. Solo luchadores y perdedores —había dicho la caudilla al anunciar el programa.

Al mirar a Hana, Yeeran no estaba segura de estar de acuerdo. Se incorporó para alejarse de ella y de la boca abierta del teniente Fadel.

Yeeran se dijo que sus pasos apresurados se debían a la expectativa de reunirse con su nuevo regimiento, pero, en realidad, huía de la visión de niños soldado y del recuerdo de un hambre atroz que, en realidad, nunca había desaparecido.

DIVIDIDAS POR LA SANGRE. CAUTIVAS DEL
DESTINO. UNIDAS POR EL DESEO.

TE DAMOS LA BIENVENIDA AL EMOCIONANTE
MUNDO DE LOS FAE

Yeeran es una guerrera del ejército élfico que no ha conocido nada en la vida salvo la violencia. Lettle, su hermana, intenta ganarse el sustento como adivina, en busca de profecías de un futuro mejor.

Cuando un error fatal provoca el exilio de Yeeran de las Tierras Élficas, ambas se ven obligadas a sobrevivir a la aterradora vida salvaje que hay más allá de sus fronteras. Allí, se encuentran con lo imposible: una corte feérica.

No se ha visto ningún fae desde hace mil años, pero ahora Yeeran y Lettle se ven envueltas en su atractivo mundo, divididas entre la lealtad de la una hacia la otra, su tierra natal élfica y sus corazones.

DESCUBRE ESTA HISTORIA DE FANTASÍA ÉPICA
ARREBATADORAMENTE ROMÁNTICA

 FAERIS

